

# POR UNA CULTURA DE LA VIDA. REFLEXIONES DESDE LA ENCÍCLICA “*DEUS CARITAS EST*”

**Dr. Nicolás Lafferrière**

Director del servicio a la Vida del Movimiento FUNDAR

## Palabras clave

· Cultura de la vida  
· Aborto

· Conversión  
· Eucaristía

Queridos hermanos:

Es para mí una gran alegría compartir este encuentro de celebración del don de la Vida y espero, con la ayuda del Espíritu Santo, poder realizar un aporte que sea edificante y oportuno.

Al comenzar, quisiera citar un pasaje de la primera encíclica de S.S. Benedicto XVI que me interpeló y que creo se aplica muy directamente a lo que sucede en estos tiempos con la dramática tensión entre cultura de la vida y cultura de la muerte. Dice el Santo Padre:

*“La experiencia de la inmensa necesidad puede, por un lado, inclinarnos hacia la ideología que pretende realizar ahora lo que, según parece, no consigue el gobierno de Dios sobre el mundo: la solución universal de todos los problemas. Por otro, puede convertirse en una tentación a la inercia ante la impresión*

*de que, en cualquier caso, no se puede hacer nada. En esta situación, el contacto vivo con Cristo es la ayuda decisiva para continuar en el camino recto: ni caer en una soberbia que desprecia al hombre y en realidad nada construye, sino que más bien destruye, ni ceder a la resignación, la cual impediría dejarse guiar por el amor y así servir al hombre”* (Deus Caritas est, 36).

Como dice el Papa, también nosotros tenemos cotidiana experiencia de la inmensa necesidad que existe en relación con la vida; una necesidad que afecta a todo el ser humano, desde el primer instante de su existencia hasta el último de sus días. Necesidad que se nos hace presente en tanta pobreza que nos rodea y que conlleva que muchos hermanos nuestros no tengan lo elemental para la vida. Necesidad que vemos cuando, en medio de condiciones penosas y de indignidad, las mujeres son tentadas (o inclu-

so forzadas) a recurrir al aborto por planificadas estrategias de control poblacional. Necesidad en hombres y mujeres que, desde una lógica utilitarista, no se abren con generosidad al don de la nueva vida sino que cierran sus ojos a la gravedad de su decisión y ceden al recurso tremendo de la eliminación del nuevo ser.

Hoy, cuando nos reunimos para celebrar el don de la vida en las personas por nacer, volvemos a experimentar esa "inmensa necesidad", porque son grandes los desafíos que se presentan. Si hiciéramos un rápido repaso, no podemos dejar de mencionar a quienes pretenden establecer arbitrarias distinciones entre vida humana, ser humano y persona humana, de modo de justificar la eliminación deliberada de personas en el aborto, la anticoncepción de emergencia o las técnicas extracorpóreas de procreación humana.

También la vida del por nacer aparece amenazada en la multiplicación de proyectos legislativos para la despenalización del aborto y en las iniciativas que buscan la reglamentación legal de los casos de abortos no punibles. También en las campañas "mediáticas" de sensibilización en favor de la legalización del aborto, especialmente en caso de violación y anencefalia, o ante el mal llamado aborto "terapéutico". Y sufre la vida por nacer en el dramático caso de los embriones congelados.

La necesidad también se nos hace evidente porque es fuerte la presión internacional, que quiere alterar las reglas de funcionamiento internas para hacer posible la legalización del aborto. Así sucede con los múltiples intentos orientados a la aprobación del "Protocolo Facultativo de la Convención para la Eliminación de todas las formas de discriminación contra la Mujer".

En este contexto de "inmensa necesidad", también nosotros estamos acechados por la doble tentación que denuncia Benedicto XVI. Por un lado, una visión ideologizada de la vida, que "nada construye" sino que "destruye" y se presenta como soberbia. Por el otro, una inercia que nos hace permanecer pasivos ante tan graves acontecimientos.

Nos toca una enorme responsabilidad en la edificación de la cultura de la vida, pero es una responsabilidad que, desde la fe cristiana, sólo puede cumplirse en estrecha unión con Cristo. No bastan nuestras propias fuerzas sino que sólo la fuerza del amor de Dios, operante en nosotros, puede ser constructor de la cultura de la vida.

Este es nuestro gran objetivo: la cultura de la vida. Es un objetivo enorme, que siempre estaremos en camino de cumplir, porque supondrá que, no sólo las leyes, sino toda la vida del hombre

expresese ese respeto y esa reverencia que toda vida merece. Y como es tan grande el desafío, sólo será posible si Dios obra a través nuestro, si dejamos espacio interior para que la fuerza del amor de la Trinidad sea operante en el mundo.

Es esta la obra del Espíritu Santo en nosotros, como el mismo Papa Benedicto ha querido enfatizar: "el Espíritu es esa potencia interior que armoniza su corazón [de los cristianos] con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como él los ha amado, cuando se ha puesto a lavar los pies de sus discípulos (cfr. Jn 13, 1-13) y, sobre todo, cuando ha entregado su vida por todos (cfr. Jn 13, 1; 15, 13)" (DCE, 19).

Desde este impulso espiritual, desde este "dinamismo de amor", quisiera remarcar algunas prioridades del compromiso cristiano para edificar una cultura de la vida:

**a) Conversión:** la primera consecuencia del amor de Dios operante en nuestra vida es la conversión del propio corazón. Conversión que tendrá que traducirse en una nueva actitud interior hacia el misterio de la vida, como pedía S.S. Benedicto XVI con ocasión de la Jornada por la Vida en Italia: "incluso antes de emprender iniciativas operativas, es fundamental promover una adecuada actitud hacia el otro: la cultura de la vida se basa, de hecho, en la atención a los demás, sin

exclusiones o discriminaciones. Toda vida humana, en cuanto tal, merece y exige ser defendida y promovida siempre" (Discurso del 5-2-06).

**b) Oración:** la oración por la vida es uno de los servicios más importantes que hoy podemos prestar. "Quien reza no desperdicia su tiempo, aunque todo haga pensar en una situación de emergencia y parezca impulsar sólo a la acción. La piedad no escatima la lucha contra la pobreza o la miseria del prójimo" (DCE, 36).

**c) Poner en juego los propios talentos:** es fundamental que la cultura de la vida sea "integral" y abarque todo el "arco" de la vida: desde la concepción, pasando por el nacimiento y la infancia, la juventud, la madurez y la ancianidad. En este sentido, es un don la riqueza del laicado, pues su acción puede transformar los más diversos ámbitos de la sociedad, para generar una "cultura de la vida". Los laicos pueden incidir en la "cosa pública" y la legislación, la atención sanitaria, el acompañamiento de la mujer y la familia, la educación, los medios de comunicación, el compromiso solidario como camino de valoración de la vida, el ambiente académico, las expresiones artísticas, entre muchos otros ambientes en que se gesta una cultura de la vida. Edificar la cultura de la vida es posible desde un compromiso laical que ponga en juego todos sus talentos, entregando

el propio tiempo y capacidades en pos de iniciativas que pongan a la vida humana en el centro de la convivencia social, como valor supremo e irrenunciable.

**d) Perder la propia vida:** El gran signo del amor de Dios es la entrega de la propia vida y, justamente esta entrega es constructora de una cultura de la vida. Lo dice con gran claridad S.S. Benedicto XVI, al hablar del valor del voluntariado: "frente a la anticultura de la muerte, que se manifiesta por ejemplo en la droga, se contraponen el amor, que no se busca a sí mismo, sino que, precisamente en la disponibilidad a 'perderse a sí mismo' (cfr. Lc 17, 33 y par.) en favor del otro, se manifiesta como cultura de la vida" (DCE, 30).

**e) Existencia eucarística:** Todas estas notas espirituales que configuran la existencia cristiana en el mundo y su servicio a los más necesitados, encuentran su cumbre y su fuente en la Eucaristía. Este sacramento actualiza la entrega de Cristo, que a través de su Cruz y Resurrección, liberó al hombre del drama de la muerte. Este sacramento hace posible que los hombres participemos del amor de Dios, que se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo. "La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos encarnado, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega" (DCE, 13).

Quisiera terminar con una exhortación de S.S. Benedicto XVI que nos interpela y nos tiene que mover a un firme compromiso por celebrar la vida:

*"El deber inmediato de actuar en favor de un orden justo en la sociedad es más bien de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la 'multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común'. La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad"* (DCE, 29).

Quiera Dios darnos la fuerza de su amor para que, desde las propias vocaciones, todos seamos constructores de una cultura de la vida. Así lo pedía el querido y recordado Juan Pablo II, Apóstol de la Vida y la Familia: "Somos enviados: estar al servicio de la vida no es para nosotros una vanagloria, sino un deber...En nuestro camino nos guía y sostiene la ley del amor: el amor cuya fuente y modelo es el Hijo de Dios hecho hombre, que muriendo ha dado la vida al mundo" (*Evangelium Vitae*, 79).